

ISABEL GIMENO, COETÁNEA DE PEDRO LAÍN.

Entrevista

Por Antonio Villanueva

Ofrecemos aquí un testimonio impagable: una entrevista con Isabel Gimeno Oliver, de 99 años de edad, natural de Urrea de Gaén y última superviviente de la quinta urreana de don Pedro. Isabel, nacida en 1909, es bisabuela de los alumnos del IES *Pedro Laín Entralgo*, de Híjar (Teruel), Javier Gimeno Mallor (16 años, 4º ESO B) y Pablo Turón Mallor (12 años, 1º ESO A). En esta entrevista nos habla de sus recuerdos de toda una vida en Urrea, de la familia Laín, la guerra civil, las primeras alegrías juveniles, las penurias y dificultades, los cambios del pueblo con el paso de los años...

Esta entrevista se realizó en Híjar, en junio de 2008, en la casa de Lola Serrano Gimeno, hija de Isabel, y donde ella pasa la mitad del año. El resto de los meses, vive en Urrea de Gaén, en casa de su otra hija, Joaquina. Isabel es una mujer activa, afable y con ganas de dialogar. Su salud es extraordinaria, dada su edad, resintiéndose únicamente de un oído que le impide entender en ocasiones con claridad y de una rodilla que la obliga a caminar menos de lo que quisiera con el apoyo de una muleta. Vive con sus recuerdos de casi un siglo, rodeada del cariño de sus hijos, nietos, bisnietos y tataranietos.

Desde el *Boletín Lainiano*, queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a Isabel y a su familia por la valiosa información que nos han facilitado, así como a la escritora y profesora del instituto Encarnación Ferré, que nos facilitó el contacto necesario para que esta entrevista se llevase a cabo.

* * * * *

ISABEL GIMENO.- ¿Usted conoce a mis bisnietos?

ANTONIO VILLANUEVA.- Bueno, sí, los veo por el instituto, lo único que yo no les doy clase. ¿Usted sabe la razón de mi visita? Nosotros tenemos un boletín, el *Boletín Lainiano*, donde contamos cosas de la vida de Pedro Laín y me dijeron que usted lo había conocido.

I. G.- Yo soy mayor que usted...

A. V.- Hombre, ya lo creo, mucho más.

I. G.- ...y viví unos años con él.

A. V.- Habrán correteado juntos por las calles de Urrea.

I. G.- Sí.

A. V.- ¿Y se acuerda de aquellos años?

I. G.- Mucho, me acuerdo mucho de Conchita, su hermana, y de José, el hermano. Era el más joven.

A. V.- Y de los padres también se acordará.

I. G.- ¡Hombre! Don Pedro y doña Concha. Y doña Emilia, la hermana de don Pedro [Laín Lacasa]. Él siempre iba a misa con doña Concha hasta la puerta [de la iglesia], pero no entraba, no, no le gustaba. Ella iba mucho, sí, era más buena...

A. V.- Usted nació prácticamente el mismo año que don Pedro.

I. G.- En 1909, el 14 de abril.

A. V.- Ahora tiene 99, y dentro de poco, centenaria. Los hermanos Laín estuvieron poco en Urrea, ¿no?

I. G.- Poco, sí. Don Pedro [Laín Lacasa] era buen médico, mucho.

A. V.- ¿Iban a su consulta, todos los de Urrea pasaban por allí?

I. G.- Sí, vivíamos muy cerquita. Yo, de niña, iba con Pedro, con Concha, a jugar al corral. Teníamos la casa y un corral. Y ellos venían conmigo a jugar, y con una prima-hermana mía, Pilar, que ya ha muerto, hace años.

A. V.- Gente de su edad quedará poca en el pueblo.

I. G.- De mi edad, yo. [Risas] Había una que era igual, de la misma edad, Julia, pero...

A. V.- El padre de don Pedro era el médico del pueblo, ¿verdad?

I. G.- Sí. Emilia [Laín Lacasa, tía de don Pedro y hermana de su padre] venía mucho. Debió de morir, porque ya no la vi, no la llegué a ver.

A. V.- ¿A don Pedro no llegó a verlo?

I. G.- Sí, mucho, [venía] a jugar. Y al padre, también.

A. V.- Dicen que tenía rayos X en su consulta, lo que para aquellos tiempos era un adelanto considerable.

I. G.- Sí.

A. V.- Y que hacía fotografía. De eso ¿se acuerda?

I. G.- Mucho, sí.

A. V.- Era un médico muy...

I. G.- ...especial, de bueno. Muy abierto a todo el mundo, muy bueno, muy bueno.

A. V.- Pero lo de ir a la iglesia no le gustaba.

I. G.- No, no. Pero iba con ella siempre para rezar. A doña Concha le gustaba mucho, iba todos los días.

A. V.- ¿Y tenían amistad con el cura?

I. G.- Sí, mucho, mucho.

A. V.- ¿Quién era el cura de Urrea en aquellos años?

I. G.- No... Sí, Mosén Salvador.

A. V.- De los hermanos, Pedro era el mayor, ¿no?

I. G.- Sí, eran tres, no había más. El más pequeño era José. Íbamos a jugar a un corral mío.

A. V.- ¿Y a qué jugaban?

I. G.- A cucurrata.

A. V.- ¿Y eso cómo se jugaba?

I. G.- Así. [Gesticula]

A. V.- ¿Como al escondite, jugaban a encontrarse?

I. G.- Sí, sí. Venían mucho [al corral].

A. V.- ¿Había muchos niños en el pueblo entonces?

I. G.- Sí, muchos. Ahora, no. Ahora, no hay. Ahora todo el mundo... [Indica que se han ido del pueblo, fuera, a la ciudad]

A. V.- ¿Cuánta gente vivía en Urrea?

I. G.- No sé, muchos, más que ahora. Nosotros éramos tres hermanas y cinco hermanos. Las hermanas vivimos las tres.

A. V.- En su familia las mujeres viven más que los hombres.

I. G.- Sí, pero mis hermanas están mal, con problemas de salud, sí.

A. V.- ¿Qué edades tienen?

I. G.- Aquella [señalando una fotografía], cinco menos que yo, 94. Y la otra, siete, nueve menos, 90 años.

A. V.- ¿Y usted siempre ha vivido en Urrea?

I. G.- Toda mi vida.

A. V.- Habrá visto cambiar el pueblo.

I. G.- Ahora está muy majo. Ahora está muy bien arreglado, mucho. Tiene muy buen alcalde, muy majo, Ángel Tomás. Es familia mía, está casado con una sobrina, muy majo.

A. V.- Usted pasa unos meses al año allí, en Urrea, ¿no?

I. G.- Sí, sí, con una hija.

A. V.- ¿Conchita Laín también se marchó del pueblo?

I. G.- Pedro se marchó joven a estudiar. Después se marchó Conchita. Y José también, más tarde.

A. V.- ¿Y en la escuela de Urrea coincidieron juntos?

I. G.- Sí, con Pedro...

A. V.- ¿Quién era el maestro entonces, se acuerda?

I. G.- Don Ángel.

A. V.- ¿Había muchos niños?

I. G.- Entonces muchos, ahora pocos.

A. V.- ¿Estaban todos juntos en una sola clase?

I. G.- Había párvulos, los más pequeños, había parvulicos. Y luego, los mayores.

A. V.- ¿Correteaban por las calles del pueblo?

I. G.- Uuy, sí, claro, lo que todos los críos. [Risas].

A. V.- ¿Se acuerda de alguna travesura?

I. G.- De todo, jugar, reñir, peleas, nos tirábamos piedras, subíamos a los árboles, corríamos detrás de las gallinas.

A. V.- ¿Algún juego?

I. G.- Saltábamos a la cuerda. Había pocas cuerdas, y poco dinero, poco. Y trabajábamos en el campo, mucho. Yo he trabajado mucho. Ir y venir a pie. Y todos, nadie con los brazos cruzados. Han cambiado los tiempos. Vivimos mejor.

A. V.- Sí, ahora mejor. Coche, tele... ¿Le gusta la TV?

I. G.- Ya me cansa.

A. V.- ¿Y la radio? En su tiempo ya había radio.

I. G.- Tarde, tardó en llegar. Yo tenía uno [un radiotransistor] grande.

A. V.- ¿Se juntaban en algún bar a oír la radio?

I. G.- Sí, y las vecinas nos juntábamos, porque todas no tenían.

A. V.- Don Pedro venía en los veranos a Urrea, ¿no?

I. G.- Venía poco, a veranear. Iban a merendar por ahí, al río. Bicicletas había pocas. Un hijo mío se ha comprado una, el mayor. Se compró una moto.

A. V.- ¿Jugaban al balón?

I. G.- Poco.

A. V.- ¿Andaban descalzos?

I. G.- Había poco dinero, unos zapatos de esparto, no aguantaban mucho.

A. V.- ¿Y las calles?

I. G.- Ahora está todo muy arreglado, pero antes... Ahora ha quedado un pueblo... Tenemos un alcalde muy majo.

A. V.- En Urrea hay una casa con una placa dedicada a don Pedro. ¿Pasaba ahí su padre las consultas?

I. G.- Sí, vivían en esa casa. Nosotros vivíamos un poco más lejos, pero, vamos, no lejos, en la herrería, que había de toda la vida la herrería allí.

A. V.- ¿A qué edad se casó, Isabel?

I. G.- Yo, a los veintiuno.

A. V.- ¿Y cuántos hijos?

I. G.- Cuatro, y dos veces viuda, me casé dos veces.

A. V.- ¿Y nietos?

- I. G.- Sí, y bisnietos, doce. Y tataranietas, una.
- A. V.- Cinco generaciones, no está mal. ¿Todos en Urrea, el Bajo Martín, Aragón...?
- I. G.- Casi todos. Una nieta es maestra y vive en Vals, en Barcelona. Los demás, en Zaragoza, Urrea, La Puebla, Híjar... Ahora el campo lo trabajan poco, no da perras. Mi chico, el mayor, en Zaragoza.
- A. V.- ¿De la guerra civil se acuerda?
- I. G.- Claro que me acuerdo, me quedé viuda en la guerra, mi marido se murió de repente. Yo tenía dos niñas pequeñas. Tenía veintinueve años, ocho llevaba casada. Luego me casé otra vez y tuve dos hijos más, cuatro en total.
- A. V.- Primero entraron los milicianos y luego los nacionales.
- I. G.- Los milicianos metían las caballerías y a comer. Había que darles de comer, y eso que traían ellos rancho. Se llevaron todo. Como marché al monte con mi madre y mi hermano, no dejaron nada. Si te cogían, mal. Mataron a un sobrino mío. Y lo de la iglesia, quemaron la iglesia. Don Pedro... Teníamos un cuadro muy bonito, y lo querían quitar, y don Pedro [Laín Lacasa]¹... Lo quemaron, valía mucho dinero. Vinieron como fieras. Yo no lo llegué a ver porque como era viuda no salía. Igual que fieras eran. Un sobrino mío lo llevaron y contra la pared. Y lo mató un hijo del pueblo, un vecino. José se llamaba, lo mejor que había en el mundo.
- A. V.- ¿Y cuando entraron los nacionales?
- I. G.- Más orden, más.
- A. V.- La epidemia de gripe, en 1918. Usted tenía entonces nueve años. ¿Le suena? Hubo muertos en Urrea, en toda España...
- I. G.- Muchos, y en Albalate [también]. Era yo chica. Uuy, los sacaban... Han sacado uno, han sacado otro, a ver, quién... Mucho, hubo mucha enfermedad. Don Pedro [Laín Lacasa], el médico, tuvo muchísimo trabajo. Trajo a uno, familia, no sé, para que lo ayudara. Trajo a un médico². Yo era zagala, iba con ellos, a fregar, a ayudar un poco, claro.
- A. V.- Después de la guerra don Pedro volvió poco a Urrea.

¹ Alude doña Isabel al episodio de la quema del cuadro de Goya que se hallaba en la iglesia de Urrea de Gaén por parte de los milicianos. Pedro Laín Lacasa intentó evitar la barbarie, pero los anarquistas le amenazaron con matarle si no franqueaba el paso.

² Muy probablemente se refiera a Ricardo Pradels García-Muñiz, cuñado de don Pedro Laín Lacasa y tío de Pedro Laín Entralgo, catedrático de instituto, que también era médico. Concha Sáenz Laín informa en su artículo "Apuntes sobre mi familia materna", que figura en este número del Boletín Lainiano, de que el Ministerio de Fomento les concedió una medalla por su intervención cuando la epidemia de gripe de 1918 en el Bajo Aragón.

I. G.- Sí, no han venido más. Y era un médico bueno.

A. V.- ¿Se acuerda de doña Concha?

I. G.- Sí, muy guapa. Alta y guapa. Igual que la hija, Conchita. Y Pedro, buen mozo. El más pequeño, no sé. Pero don Pedro tenía poco interés por Urrea. Una vez se había marchado, volvía poco o nada. No ha vuelto.

A. V.- ¿Y José?

I. G.- Tampoco lo hemos visto, no ha vuelto. Y Conchita, poco. No han venido a Urrea ya.

A. V.- ¿Estuvo usted en los actos cuando don Pedro volvió a Urrea, en los años noventa, y pusieron la placa?

I. G.- No, no.

A. V.- ¿Se acuerda de alguna historia más, se escapaban al río?

I. G.- Todos, íbamos todos. Descalzos, nadábamos, íbamos al azud, por allí pasábamos todos. Ahora Urrea ya no es la misma, ha cambiado, casas y todo. Antes, todo de tierra. Ahora, cemento.

A. V.- ¿Y en las fiestas del pueblo?

I. G.- El gaitero, había un gaitero, era hijo del pueblo, iba a los sitios. El tamborilero, el baile. Todas bailábamos y cantábamos, claro.

A. V.- Tiene usted muy buena memoria.

I. G.- Sí, aún me acuerdo de cuando era pequeña.

A. V.- ¿Era traviesa?

I. G.- No, no he sido mala. Había una de párvulos, que me dio un trompazo... Casi me mató.

A. V.- ¿Saltaban las tapias, cogían frutas a los vecinos?

I. G.- No, yo no he ido nunca, nunca me ha gustado eso. Pero los chicos lo hacían, Pedro y José. Se escapaban a las huertas. Tremendo. José era más travieso. Pedro fue muy formal siempre. Y Conchita, también. Se casó con un forastero de por ahí, no tuvo suerte. Se fue a Madrid. La tía Felisa era muy amiga de una prima-hermana mía, Pilar Galindo, que cumplió cien años el año pasado y ya murió.

A. V.- ¿Pasea?

I. G.- No puedo andar. Un poco, sí, con la muleta. Tengo un poco mal el oído y otro poco la rodilla.

A. V.- ¿Y de comer, tiene apetito?

I. G.- Poco.

A. V.- ¿Dormir?

I. G.- Mal, duermo mal, duermo por el día.

A. V.- ¿Prefiere estar en Híjar o en Urrea?

I. G.- En Urrea. Para San Roque, vuelve la gente joven. El alcalde es mi sobrino, muy majo, y muy bueno, y muy listo. En Urrea, mientras sea él el alcalde, no habrá otro, no.

A. V.- ¿Y tras la guerra, era difícil la vida, había hambre?

I. G.- Sí, más. Ahora, no hay, va a trabajar todo el mundo y gana todo el mundo un sueldo. Tuvieron que reconstruir el pueblo, pero ahora está muy bien, muy arreglado.

A. V.- ¿Pedro volvió alguna vez al cementerio, a rezar ante las tumbas de sus padres?

I. G.- Yo no lo he visto. A su madre la quería mucho, mucho, muchísimo. Y con su padre también se entendía bien. Era un hombre de familia, muy bueno. Alto y guapo, y muy serio. Iba por la calle siempre [gesto de que iba tieso]. Le gustaba montar a caballo.

A. V.- ¿Y la tía Felisa?

I. G.- Estaba mucho en Urrea, vivía con ellos, ayudaba con los niños, siempre con ellos. Se parecía mucho a su hermano don Pedro [Lain Lacasa].

A. V.- ¿Fueron algunas veces juntos de merienda?

I. G.- Sí, donde la ermita de Santa Bárbara, que tenemos una virgen muy maja.

A. V.- ¿Y travesuras al cura o al maestro?

I. G.- No, yo no he hecho.

A. V.- Me ha dado mucha información, se acuerda de muchas cosas, tiene muy buena memoria, Isabel. Muchas gracias por todo y a seguir así unos años más.

I. G.- No, no, yo ya me canso.

E Isabel se queda sentada en el sofá. Me da un beso antes de marcharme. Tiene la mirada de los héroes, de los supervivientes que han ganado todas las guerras... Y aún tiene ganas de contárnoslo.